

EL ALBA

El Heraldo de la Presencia de Cristo



La Revista El Alba

Abril de 2026

Índice

EL ARTÍCULO PRINCIPAL	2
LA VIDA DE ENTRE LOS MUERTOS	2
LOS ESTUDIOS BÍBLICOS	15
LA ESPERANZA DE LA RESURRECCIÓN	15
DAD AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR Y A DIOS LO QUE ES DE DIOS	18
SED COMO NIÑOS	21
ENSEÑA A LA FAMILIA	24
VIDA CRISTIANA Y DOCTRINA	27
MANIFESTACIONES DEL DISCIPULADO	27

¡Sigue el texto en tu Biblia!

La vida de entre los muertos

«Os transmití, en primer lugar, lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras».
1 Corintios 15:3,4

La Biblia, de principio a fin, presenta una doctrina que no se encuentra en ningún otro lugar: que habrá una vida futura para los muertos a través de la resurrección. Todos los escritores inspirados por Dios expresaron su confianza en el redentor. Además, declararon que «por la mañana», cuando Dios llame a la humanidad desde la tumba, ellos saldrán, y los impíos ya no ejercerán dominio sobre la tierra. El salmista nos dice: «Como ovejas son puestos en la tumba; la muerte se alimentará de ellos; y los justos tendrán dominio sobre ellos por la mañana» (Salmo 49:14). La «mañana» traerá dominio a los justos, pero también liberará a todos del poder de la tumba. Los profetas también enseñaron la resurrección de los muertos, y los escritores del Nuevo Testamento basaron en ella todas sus esperanzas de una vida futura y de bendición. El apóstol Pablo escribió: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; aún estáis en vuestros pecados. Y también los que durmieron en Cristo perecieron». 1 Corintios 15:16-18

La resurrección de nuestro Señor

Pablo habló del poder de Dios en relación con la resurrección de Jesús de entre los muertos: «¿Cuál es

la e y sobremanera grande de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, que hizo en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales». (Efesios 1:19,20). El propio Jesús predijo su muerte y posterior resurrección a sus discípulos, diciendo que «debía ir a Jerusalén, y sufrir muchas cosas de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día». Mateo 16:21

La resurrección de Jesús fue más que un despertar del sueño de la muerte. Fue su exaltación al plano más elevado de la vida en todo el universo: lo divino. La posición resucitada de Jesús ha sido descrita así: «Por encima de todo principado, y potestad, y poder, y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este mundo, sino también en el venidero; y [Dios] ha puesto todas las cosas bajo sus pies, y le ha dado a él por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo en todos». «Y él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia; él, que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia». Efesios 1:21-23; Colosenses 1:18

Aunque no podemos comprender el poder que implica un acto tan poderoso como este, podemos y debemos regocijarnos en las muchas garantías de la Biblia de que este mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos se ha comprometido a ayudarnos en todo momento de necesidad. Este poder de Dios nos es proporcionado en proporción a nuestra fidelidad al entregar nuestras vidas como compañeros de sacrificio con Jesús. Es a este importante pensamiento al que se refiere Pablo cuando dice: «Y,

en verdad, todo lo considero pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las considero como basura, para ganar a Cristo». (Filipenses 3:8). A continuación añade: «Para que le conozca [a Jesús], y el poder de su resurrección, y la comunión de sus padecimientos, siendo hecho conforme a su muerte; si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos». Filipenses 3:10,11

El gran poder de Dios nos da la fuerza necesaria para entregar nuestras vidas si nos ofrecemos a él cada día como sacrificios vivos (Romanos 12:1). El Señor no utiliza su poder para obligar a su pueblo a cumplir su voluntad. Si muestran disposición al sacrificio, él les brinda la oportunidad y la fuerza necesaria para soportar las pruebas que puede conllevar la obra purificadora de su aceptación. El apóstol Pedro expresó la secuencia correcta de pensamiento con respecto a este asunto. Escribió: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros». 1 Pedro 5:6,7

El discurso de Pablo

Pablo nos ofrece un discurso completo sobre la resurrección en su carta a los hermanos de Corinto, en 1 Corintios 15:12-28. En primer lugar, demuestra que la fe en la resurrección forma parte de la doctrina cristiana, sin la cual todo el entramado de la creencia cristiana carecería de valor. (1 Corintios 15:12-19). En segundo lugar, tras haber demostrado la doctrina, muestra que la resurrección de nuestro Señor es la garantía de Dios de una resurrección para toda la raza

humana, por la cual Cristo murió. (1 Corintios 15:20). Continúa demostrando este hecho y su razonabilidad diciendo: «Puesto que por un hombre vino la muerte, por un hombre vino también la resurrección de los muertos». (1 Corintios 15:21). Por el hombre Adán vino la muerte a toda la familia humana, así que por el hombre Cristo Jesús la bendición de la resurrección se pone a disposición de todos.

Es importante señalar que, aunque la resurrección plena a la perfección está disponible para toda la creación humana, no por ello todos obtendrán la bendición de la vida eterna que se ofrecerá bajo la administración del reino de Cristo de verdad y justicia. La vida eterna es solo para aquellos que superen con éxito un período de pruebas y tribulaciones para demostrar su dignidad bajo las condiciones justas del reino. Todos los que pongan su fe y confianza en Cristo, y desarrollen un carácter de corazón semejante al suyo, serán «vivificados». Recibirán la vida humana eterna. Esto es lo que significan las palabras del apóstol: «Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». (1 Corintios 15:22). Todos los que superen con éxito las pruebas de carácter y obediencia a la ley divina tras su despertar de la muerte recibirán la plenitud de esta promesa.

Lo que sobresale

Como se citó anteriormente, Pablo escribió que consideraba «todo como pérdida» para poder conocer el poder de la resurrección de Jesús. Sin duda tenía en mente el poder del Padre Celestial que está a disposición de su pueblo al entregar sus vidas en sacrificio con Jesús, y el uso posterior de ese poder

por parte de Dios en favor de la iglesia en la «primera resurrección». Revelación 20:6

Todas las ventajas actuales de la salud, la comodidad, el prestigio o el gozo mundano no serán nada en comparación con la gloria espiritual. Debemos, como lo hizo Pablo, considerar todo lo demás de poco valor al pensar en lo que se ha prometido a todos los que han sido llamados a un honor tan elevado. Sin embargo, tal honor solo puede ser nuestro si tenemos comunión en los sufrimientos de Cristo ahora. Como dijo el apóstol: «Lo que para mí era ganancia, lo consideraré pérdida por Cristo». (Filipenses 3:7). Si somos fieles, experimentaremos el gran poder de Dios para resucitarnos de entre los muertos en la primera resurrección y exaltarnos a su diestra con Cristo. (Revelación 3:21). Así, la herencia futura de la iglesia fiel será una de gloria, «la gloria que sobresale». 2 Corintios 3:10

Aflicción leve

Al escribir sobre este tema, Pablo nos dice: «Nuestra leve tribulación, que es solo por un momento, nos produce un peso de gloria mucho más excelente y eterno; mientras no miramos a lo que se ve, sino a lo que no se ve; porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno». (2 Corintios 4:17, 18). Aquí el apóstol nos muestra que solo aquellos que se han entregado plenamente a Dios comprenderán y apreciarán este llamamiento celestial en Cristo Jesús. Hablando de lo que Jesús nos proporciona, Pablo afirmó además: «A quien Dios presentó como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia por la remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios; para manifestar, digo, en este tiempo su justicia: a fin de

que él sea justo y el que justifica al que cree en Jesús». Romanos 3:25,26

El apóstol Pablo nos muestra que habrá un orden que seguir con respecto a la resurrección. Después de decir que a «todos» se les dará la oportunidad de ser «vivificados», afirma lo siguiente: «Pero cada uno en su propio orden: Cristo, el primer fruto». (1 Corintios 15:23). La clase de los primeros frutos, los miembros fieles del cuerpo simbólico de Cristo, serán los primeros en orden y rango. (1 Corintios 12:12,27). Si son fieles al asociarse con Cristo mediante el sacrificio durante esta vida presente, formarán parte de la clase de los «primeros frutos». «¿No sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, somos sepultados con él por el bautismo en la muerte; para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección». Romanos 6:3-5

La llamada a formar parte de la clase de los primeros frutos comenzó hace siglos, cuando nuestro Señor Jesús —la cabeza de la iglesia— resucitó de entre los muertos. De hecho, él fue el «primero» y el de mayor rango entre los primeros frutos. Desde entonces, un «pequeño rebaño» de creyentes ha participado, por fe, en el sacrificio del Redentor. Estos se han consagrado, o dedicado, al Señor y se han convertido en coherederos con Cristo. De ellos, Pablo escribió: «Si somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados

juntamente con él». «Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa». Romanos 8:17; Gálatas 3:29

Consolados por Dios

Aquellos que se esfuerzan por pertenecer a la clase de los primeros frutos han sido motivados a seguir este camino por las muchas y preciosas promesas de Dios. «Ahora bien, si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él». (Romanos 6:8, 9). Este es un ejemplo más del gran poder del Padre Celestial. Este poder, relacionado con la resurrección de nuestro Señor Jesús, nos fortalece contra todo ataque e e del adversario. Reemplaza el miedo por valor y da fuerzas renovadas a los cansados. Al mismo tiempo, sin embargo, el poder de Dios no nos aísla de nuestras pruebas y experiencias necesarias, ni nos libra del sufrimiento por causa de la justicia. (1 Pedro 4:12-16). Más bien, nos ayuda a esperar en el Señor y a perseverar con paciencia hasta el fin. Mateo 24:13

Esta es, en verdad, la bendita esperanza y la herencia de todo el pueblo de Dios que desea seguir caminando tras las huellas de nuestro amado Señor Jesús. Estas fueron selladas por el «espíritu santo de la promesa», que por la Palabra y la providencia de Dios da testimonio de que son «aceptados en el Amado». (Efesios 1:13, 6). Atesoremos estas promesas: «Todos los que son guiados por el espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da

testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios». «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». Romanos 8:14-16; 1 Juan 3:2

La resurrección de entre los muertos de los primeros frutos, el jefe y el cuerpo de la clase de Cristo, no es más que la primera fase del cumplimiento de la promesa de una vida futura para la humanidad por medio de la resurrección de los muertos. La promesa divina es que «habrá una resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos». (Hechos 24:15). Cristo «destruirá todo dominio, autoridad y poder» para enseñar justicia, verdad y amor a todas las personas. «Porque él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». 1 Corintios 15:24-26

Un levantarse de nuevo: la recuperación

En la Biblia, la palabra «resurrección» solo se encuentra en el Nuevo Testamento. Es una traducción de la palabra griega anastasis, que significa «levantarse de nuevo», «recuperación», «resucitar». Se utilizan otras palabras griegas cuando se hace referencia al despertar temporal de aquellos que habían sido milagrosamente despertados de la muerte, pero que posteriormente volvieron a morir. Este fue el caso del levantamiento de Lázaro y otros, en los que no se utiliza ni la palabra griega anastasis ni su equivalente en español «la resurrección». Véase Juan 12:1.

El «rescate para todos» dado por nuestro Señor aseguró la oportunidad de la resurrección plena [anastasis] para todos (1 Timoteo 2:5, 6). Definir la resurrección como algo que solo significa un despertar a una vida breve para volver a morir sería limitar el poder de Dios, así como su plan para la humanidad. El verdadero significado de la palabra contiene la idea de la restauración plena de todo lo que se perdió. La humanidad perdió la perfección humana y ha estado en una espiral descendente que ha llevado a la decadencia moral, la enfermedad, el dolor y, en última instancia, la muerte. Nuestro Señor Jesús murió para recuperar todo lo que se había perdido, y la promesa de la resurrección es, por lo tanto, la promesa de la restauración de lo que se perdió y luego fue redimido. Lucas 19:10

Para apreciar toda la fuerza de la palabra anastasis, que apunta a la restauración o al levantamiento, debemos recordar hasta qué punto ha caído el hombre. La restauración plena, que ha sido asegurada para la humanidad por su redentor, será una recuperación plena y completa de todo lo que se perdió. Ciertamente, se perdió la vida, pero junto con ella vino toda la degradación que la acompañaba — mental, moral y física— que culminó en la disolución total, es decir, la muerte. A través del sacrificio voluntario y la posterior resurrección del Salvador del mundo, nuestro Señor Jesús, todos los dispuestos y obedientes de la familia humana disfrutarán de la resurrección an , elevándose a las grandiosas alturas de la perfección y a la imagen y semejanza de Dios, bajo la administración justa de la clase de Cristo, cabeza y cuerpo, durante el reino mesiánico.

Regreso a la perfección

El reino milenarismo de Cristo será el día de la resurrección para la humanidad (Revelación 20:4, 6). Sin embargo, no se obligará a la humanidad a alcanzar la gran perfección mental y moral que Cristo pone al alcance de todos. Cuando los muertos resuciten de la tumba, tendrán que cooperar y participar en los asuntos relacionados con su propia resurrección a la perfección. En la tumba no ha habido oportunidad de hacer esto. Como nos dicen las Escrituras: «Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo con todas tus fuerzas; porque en la tumba, adonde vas, no hay obra, ni proyecto, ni conocimiento, ni sabiduría» «Porque en la muerte no hay memoria de ti; ¿quién te dará gracias en la tumba?» Eclesiastés 9:10; Salmo 6:5

Leemos en Juan 5:28, 29: «Llega la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su [de Jesús] voz y saldrán: los que han hecho lo bueno, a la resurrección de vida; y los que han hecho lo malo, a la resurrección de juicio». ¡Qué bendita confirmación, que todos los que están en sus sepulcros serán despertados en la resurrección de los muertos! Habrá dos clases que serán despertadas, y en condiciones diferentes. Como ya hemos señalado, aquellos plenamente consagrados que son fieles hasta la muerte, saldrán de la muerte a una vida celestial perfecta. Recibirán la naturaleza divina sobre la cual la muerte ya no tendrá ningún poder ni control. Revelación 2:10; 2 Pedro 1:4

El resto de la humanidad será despertada para un juicio, o período de prueba, durante el cual tendrán la oportunidad de un pleno levantamiento y recuperación del pecado y la muerte. Deberán ajustarse a las

instrucciones de ese día de juicio de mil años. Tendrán las mejores condiciones para aprender del Padre Celestial a través de la guía de Cristo, cabeza y cuerpo. El profeta ha escrito: «El desierto y el lugar solitario se alegrarán por ellos; y el desierto se regocijará y florecerá como la rosa. ... Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y se destaparán los oídos de los sordos. ... Y habrá allí una calzada, y un camino, y se llamará El camino de la santidad; ... Y los redimidos del Señor volverán y vendrán a Sion con cánticos y alegría eterna sobre sus cabezas; obtendrán gozo y alegría, y el dolor y el suspiro huirán». Isaías 35:1, 5, 8, 10

Este maravilloso pasaje de las Escrituras revela cómo la tierra será llevada a la perfección que Dios había diseñado para ella. La tierra volverá a ser un hogar alegre y un hermoso paraíso para la humanidad. El reino del Mesías no solo elevará a la humanidad, sino que también traerá bendiciones de perfección a la tierra. Dios ha previsto todas las necesidades de su plan y proveerá ampliamente para todas las necesidades de su creación humana. Ha prometido liberar a la humanidad del poder de Satanás y de su influencia cegadora. Revelación 20:1-3

Las bendiciones del reino de Cristo abrirán finalmente los ojos de los ciegos, tanto física como simbólicamente. Toda ignorancia, prejuicio y superstición serán eliminados. Todos llegarán a un conocimiento exacto de la Verdad relativa al carácter y los atributos divinos, y especialmente al amor de Dios. En consecuencia, el verdadero conocimiento del Señor llenará toda la tierra «como las aguas cubren el mar». (Isaías 11:9). No solo se sanarán los cuerpos de las personas, sino que también sus mentes y

corazones serán liberados de la esclavitud del pecado. Este es el objetivo y la gran obra del reino mesiánico. Una vez establecido el reino, las bendiciones de paz, alegría y vida comenzarán a fluir hacia todas las personas. Nos regocijamos de que Dios tenga un plan para el mundo entero, que incluye el fin de todas las cosas que han separado a la humanidad de su amor. «No enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande». Hebreos 8:11

Juan el Revelador contempló estas condiciones en una visión y dijo: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y ya no había mar. Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía de Dios del cielo, preparada como una novia adornada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo que decía: “He aquí, el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas». Y me dijo: «Escribe, porque estas palabras son verdaderas y fieles». Revelación 21:1-5

La humanidad volverá a tener dominio sobre la tierra y podrá vivir en paz y alegría para siempre. Todos habrán aprendido plenamente las lecciones basadas en las palabras de Jesús, quien dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. ... Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Marcos 12:30, 31

El amor es la gracia principal que la humanidad tendrá que aprender y poner en práctica. «El amor es el cumplimiento» de la ley de Dios. (Romanos 13:10). Todos los que deseen vivir para siempre en una tierra perfecta tendrán que alcanzar este amor. Esta marca de carácter, que la ley de Dios establece como condición para la vida, es la del amor perfecto. En última instancia, esta ley debe gobernar a todas las criaturas inteligentes de Dios que obtendrán la vida eterna. Cuando el hombre sea completamente restaurado a la imagen de Dios, cada persona lo amará a él, a su amado Hijo y a toda la hermandad de la humanidad.

Cuando murió Lázaro, Jesús quiso consolar a su afligida hermana Marta. «Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta le respondió: “Sé que resucitará en la resurrección, en el día final”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás”». (Juan 11:23-26). Con expectación, esperamos con ansias ese momento en que estas sinceras palabras se cumplan plenamente en cada persona de toda la tierra.

La esperanza de la resurrección

Versículo clave: «Ahora bien, Cristo ha resucitado de entre los muertos y se ha convertido en el primer fruto de los que han muerto».
1 Corintios 15:20

Pasajes seleccionados:
1 Corintios 15:12-28

Si hay un «primer fruto», debe haber «frutos posteriores». La lógica es evidente. El razonamiento del apóstol Pablo sobre la resurrección es poderoso y constituye la base teológica firme de nuestra fe cristiana.

Cristo resucitó de entre los muertos, no en sentido alegórico. Literalmente resucitó de entre los muertos. Él mismo testificó: «Yo soy el que vive; estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos». (Revelación 1:18). Como Él vive, nuestra esperanza de vida después de la muerte no es efímera, sino real. Tan cierto como que toda nuestra raza muere en Adán, así de seguro todos serán vivificados en Cristo. «Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». 1 Corintios 15:22

El mensaje de Pablo a los corintios era coherente con su enseñanza anterior sobre el tema. En el Areópago de Atenas, pronunció uno de los sermones más memorables que se recogen en las Escrituras. En
Abril de 2026

cuanto a la resurrección, Pablo declaró que Dios «ha fijado un día en el que juzgará al mundo con justicia por medio del Hombre que Él ha designado. Y ha dado garantía de ello a todos al resucitarlo de entre los muertos» (Y cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos, unos se burlaron, mientras que otros dijeron: «Te escucharemos de nuevo sobre este asunto» (Hechos 17:31, 32). La resurrección de Jesús nos da la seguridad de que a todos se nos dará la oportunidad de tener vida eterna. Dios «resucitó de entre los muertos a Jesús, nuestro Señor, quien fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación» (Romanos 4:24, 25). La resurrección de Jesús de entre los muertos es la base de nuestra justificación. Es el fundamento de nuestra esperanza de vida después de la muerte.

Curiosamente, algunos hermanos de la iglesia de Corinto estaban haciendo una afirmación escandalosa. «Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos de vosotros decís que no hay resurrección de los muertos?» (1 Corintios 15:12). ¿Cómo era posible que los cristianos negaran la doctrina de la resurrección? ¿Eran ignorantes? Creemos que no. Los negadores de la resurrección de Corinto eran probablemente saduceos muy cultos que se habían convertido al cristianismo. ¡Su secta tenía la peculiar idea de que no hay resurrección!

Pablo utilizó ese hecho a su favor al defenderse de la persecución de los judíos. «Cuando Pablo se dio cuenta de que unos eran saduceos y otros fariseos, exclamó en el concilio: “Hombres y hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; ¡y estoy siendo juzgado por la esperanza y la resurrección de los muertos!” Y cuando

hubo dicho esto, se produjo una disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus; pero los fariseos confiesan ambas cosas». Hechos 23:6-8

El relato del Libro de los Hechos dice que «la palabra de Dios se extendía, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén, y una gran multitud de los sacerdotes [la mayoría de los cuales eran saduceos —véase Hechos 5:17] se convertían a la fe». (Hechos 6:7). Los contundentes argumentos de Pablo fueron esenciales para contrarrestar la idea errónea de los saduceos. Damos gracias a Dios por una visión más clara de la obra de la expiación de Cristo y la esperanza de la resurrección.

Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios

Versículo clave: «Y Jesús les respondió y les dijo: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él».

Marcos 12:17

Pasajes seleccionados:

Marcos 12:13-17

Nosotros también nos maravillamos ante la sabiduría y las enseñanzas de Jesús. Nuestro versículo clave se ha convertido en parte del lenguaje coloquial en varios países cristianos. Dos milenios después de que Jesús pronunciara estas palabras, siguen resonando como una gran verdad.

En el contexto del versículo clave, vemos cómo los fariseos y los herodianos, que se tenían aversión mutua, se unieron para tenderle una trampa a nuestro Señor. Sus palabras eran hipócritas. «Y le enviaron a algunos de los fariseos y a algunos de los herodianos, para que le tendieran una trampa con sus palabras. Y ellos se acercaron y le dijeron: “Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa la opinión de nadie. Porque no te dejas llevar por las apariencias, sino que enseñas verdaderamente el camino de Dios. ¿Es lícito pagar impuestos al César, o no? ¿Debemos pagarlos, o no?» (Marcos 12:13,14). Sus palabras eran hipócritas, ya que estaban profundamente arraigadas en sus corazones. No creían ni por un momento que Jesús «enseñara verdaderamente el camino de Dios».

Al percibir sus malvados motivos, Jesús respondió: «¿Por qué me ponéis a prueba, hipócritas? Mostradme la moneda del impuesto. Entonces le trajeron un denario» (Mateo 22:18,19). El hecho de que los fariseos y los herodianos le trajeran un denario era una prueba más de su engaño.

El siclo judío era la moneda de tributo para el servicio del templo. El denario era una moneda romana. El impuesto romano se pagaba en denarios. Los detractores de Jesús, al tener esa moneda en su bolsa y ofrecerla en lugar del siclo, demostraron que ellos mismos creían que era lícito pagar tributo al César. Sus pretensiones, por lo tanto, eran falsas.

Tomando la moneda en sus manos, Jesús la mostró para que todos la vieran. Les preguntó: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?». Le respondieron: «De César». Y Jesús les respondió: «Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios». Y se maravillaron de él. (Marcos 12:16, 17). El Evangelio de Mateo añade que entonces «lo dejaron y se fueron» (Mateo 22:22). Habían caído en su propia trampa; su complot fracasó y quedó registrado como una lección objetiva para todas las épocas.

Como cristianos en el confuso mundo de hoy, nos enfrentamos a cuestiones polarizantes respecto a la práctica de nuestra fe. Filosofías opuestas intentan utilizar las Escrituras para reforzar su posición. Cuando nos vemos tironeados en muchas direcciones diferentes, Cristo y sus enseñanzas siguen siendo nuestro ancla. Sirvamos primero a Dios, nuestro Creador. Sigamos las sencillas enseñanzas de Jesús sobre el amor a Dios y el amor al prójimo. ¡Amemos incluso a nuestros enemigos! Jesús dijo: «Os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros

enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os maltratan. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele también la otra. Y al que te quite la capa, no le niegues tampoco la túnica». Lucas 6:27-29

La Regla de Oro ilumina con su brillante luz el camino de nuestra vida cotidiana. «Así como queréis que los hombres os traten, así tratadlos también vosotros» (Lucas 6:31). Demos a «César» lo que por ley le corresponde y a Dios lo que es de Dios.

Sed como niños

Versículo clave: *«En verdad os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él».*

Marcos 10:15

Pasajes seleccionados:

Marcos 10:13-16

Parece muy fuera de lugar que los discípulos de Jesús reprendieran a quienes buscaban la bendición del Maestro sobre los niños pequeños. Quizás fue el largo día de enseñanza, el conflicto con los fariseos o la delicada discusión sobre el divorcio lo que provocó su reacción. Es posible que intentaran proteger a los pequeños de estar expuestos a un tema tan maduro. Quizás estaban absortos en sus futuros roles en el reino. ¿Quién se sentaría a la derecha de Jesús y quién a su izquierda? No era momento para distracciones con los niños pequeños. Por el contrario, Jesús estaba descontento con la dirección que tomaban sus discípulos. Estaban pasando por alto un punto clave sobre el reino y su jerarquía.

En su descontento, Jesús ordenó: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él. Y los tomó en sus brazos, les impuso las manos y los bendijo». (Marcos 10:14-16). ¿Qué quiso decir Jesús con «de tales es el reino de Dios», que se encarna en los niños pequeños?

Estos eran tan pequeños que Jesús los podía tomar en sus brazos. Jesús tuvo una experiencia similar cuando era muy joven. «He aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel, y el espíritu santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el espíritu santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Así que, guiado por el espíritu, entró en el templo. Y cuando los padres trajeron al Niño Jesús, para cumplir con Él según la costumbre de la ley, lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios y dijo: Señor, ahora dejas que Tu siervo se vaya en paz, según Tu palabra; porque mis ojos han visto Tu salvación, que has preparado ante la presencia de todos los pueblos, luz para traer Revelación a los gentiles, y la gloria de Tu pueblo Israel». Lucas 2:25-32

Esos pequeños que fueron bendecidos por Jesús tenían inocencia de corazón y de pensamiento. Desprovistos de cinismo, prejuicios, racismo, nacionalismo, codicia, odio y otras deficiencias del hombre caído, ellos personificaban la pureza de corazón, el amor y la confianza que prevalecerán en el reino de Dios.

La visión de Isaías sobre el reino pacífico muestra el papel activo de los corazones «como de niños». «El lobo habitará con el cordero, el leopardo se acostará con el cabrito; el ternero, el leoncillo y el animal cebado estarán juntos, y un niño pequeño los guiará. La vaca y la osa pastarán; sus crías se acostarán juntas, y el león comerá paja como el buey. El niño de pecho jugará junto a la cueva de la cobra, y el niño destetado meterá su mano en la guarida de la víbora. No harán daño ni destruirán en todo mi santo monte, porque la

tierra se llenará del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar» (Isaías 11:6-9). Sed «como un niño pequeño», porque de tales es el reino de Dios.

Enseña a la familia

Versículos clave: «Estas palabras que hoy te mando estarán en tu corazón. Se las enseñarás a tus hijos con diligencia, y hablarás de ellas cuando estés en tu casa, cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes».

Deuteronomio 6:6,7

***Pasajes seleccionados:
Deuteronomio 6:3-9***

Nuestros versículos clave presagiaban el acelerado mundo moderno. El nuestro es un mundo lleno de distracciones constantes y sin precedentes. Los teléfonos móviles nos mantienen cautivos bajo su influencia. Las horas dedicadas a hojear páginas, enviar mensajes y buscar información «vital» contribuyen a las perturbaciones espirituales. Un informe de la Organización Mundial de la Salud de 2024 reveló que:

- El 11 % de los adolescentes muestra signos de un comportamiento problemático en las redes sociales, frente al 7 % en 2018. Las chicas se ven especialmente afectadas: un 13 % frente al 9 % de los chicos.
- El uso problemático se asocia con un menor bienestar mental y social, un mayor consumo de sustancias y trastornos del sueño, todo lo cual aumenta la vulnerabilidad a la ansiedad y la depresión.

Los profesionales sanitarios destacan que los algoritmos diseñados para maximizar la participación

pueden abrumar los sistemas de autorregulación de los adolescentes, aún en desarrollo, lo que aumenta el riesgo de uso compulsivo, ansiedad por comparación y ciberacoso.

Casi allá donde vamos vemos a adultos absortos en sus teléfonos, incluso mientras conducen un automóvil. Los niños, desde muy pequeños, se sientan en carritos de la compra o en troncos de restaurante con su entretenimiento digital. Creemos que un descanso del mundo digital puede fomentar el bienestar y la paz interior.

No menospreciamos el uso de las maravillas tecnológicas de hoy en día. Sin embargo, abogamos por un bálsamo reconfortante para contrarrestarlo. En las Escrituras se identifica como «el lugar secreto» al que podemos entrar y disfrutar de la paz, la tranquilidad y la sabiduría que ofrece la Palabra de Dios. «El que habita en el lugar secreto del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso. ... Él es mi refugio y mi fortaleza; mi Dios, en Él confiaré» (Salmo 91:1,2). ¿Cómo llegamos a ese refugio? Y lo que es más importante, para la lección de hoy, ¿cómo podemos guiar a nuestros hijos hacia él?

Nuestros versículos clave aconsejan sabiamente un ambiente familiar de piedad. La lectura familiar de la Biblia tiene una influencia profundamente beneficiosa en la vida. Comienza con los jefes de familia, quienes deben atesorar la palabra de Dios en su corazón. Luego, desde el corazón, hablar diariamente de las virtudes de la ley de Dios. Consideren las palabras del salmista: «La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo; los estatutos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro,

que ilumina los ojos; el temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdaderos y justos en su totalidad. Son más deseables que el oro. ... Además, por ellos es amonestado tu siervo, y en guardarlos hay gran recompensa». Salmo 19:7-11

Al darnos cuenta del poder del mensaje de este salmo, ¿cómo podríamos abogar por algo menos que un hogar lleno del conocimiento de nuestro Gran Creador? El apóstol Pablo fue un maravilloso padre espiritual. Con amor señaló: «Aunque tuvierais diez mil instructores en Cristo, no tenéis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os he engendrado por medio del evangelio». (1 Corintios 4:15). «Padres, no provoquen a sus hijos, para que no se desanimen» (Colosenses 3:21). Que tengamos la gracia y la sabiduría para guiar a nuestros hijos hacia la Palabra de Dios y a través de ella en cada oportunidad.

Manifestaciones del discipulado

«Recordando sin cesar vuestra obra de fe, vuestro trabajo de amor y vuestra paciencia de esperanza en nuestro Señor Jesús, ante Dios y nuestro Padre».

1 Tesalonicenses 1:3

Los discípulos de Cristo son aquellos que han aceptado a Jesús como su redentor. Además, han dedicado sus vidas a la causa divina representada en él al aceptar su invitación a tomar su cruz y seguir sus huellas, incluso hasta la muerte. (Mateo 16:24). La palabra «discípulo» significa «alumnos o aprendices», y los discípulos de Cristo reciben su enseñanza de Jesús, a quien aceptan como su Maestro y cuyas instrucciones reflejan la voluntad de su Padre Celestial.

Jesús dijo de Natanael: «¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!» (Juan 1:47). Esto implica que en los días de Jesús había quienes eran considerados israelitas, pero que no lo eran, en el sentido de que sus vidas no estaban suficientemente en sintonía con la voluntad del Dios de Israel. Por ello, no aceptaron a Jesús como su Mesías prometido. Lo mismo ocurre con respecto al Israel espiritual en la actualidad, compuesto por los discípulos de Cristo. Hay discípulos «de verdad». Sin embargo, también hay quienes profesan ser seguidores de Jesús, pero que son discípulos solo de nombre, porque no cumplen con las enseñanzas del Maestro.

La sinceridad de corazón es uno de los requisitos básicos para el verdadero discipulado. Los que son sinceros se esforzarán por manifestar su profesión no solo con palabras, sino también con hechos. El apóstol Juan escribió: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto sabemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él». 1 Juan 3:18, 19

Los hermanos de Tesalónica, a quienes va dirigido nuestro texto inicial, eran evidentemente muy fieles «en obra y en verdad», demostrando la autenticidad de su compromiso como discípulos. Pablo los elogió por su obra de fe, su labor de amor y su paciencia en la esperanza. Todo verdadero discípulo de Cristo debe poseer una fe capaz de mover montañas, estar lleno de amor y ser paciente y perseverante en el servicio al Señor, a la Verdad y a los hermanos.

Obra de fe

Pablo elogió a los hermanos de Tesalónica por su «obra de fe». Esta es una expresión muy acertada, pues donde existe la verdadera fe, inevitablemente habrá obras asociadas a ella. Santiago lo resumió muy bien cuando escribió: «La fe, si no tiene obras, está muerta, estando sola. Sí, un hombre puede decir: “Tú tienes fe, y yo tengo obras; muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Santiago 2:17, 18). La ilustración que utilizó Santiago fue el caso de un hermano o hermana pobre que se une a nuestra comunidad. (Santiago 2:15, 16). Si se ignora a esa persona, se revela una falta de las obras que deberían proceder de una fe verdadera.

Hay muchas formas en que la fe obra. En su carta a los hermanos hebreos, Pablo menciona muchas de

ellas. Citando partes de este relato, leemos: «Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que el de Caín, un h a; ... Por la fe Noé, habiendo sido advertido por Dios de cosas que aún no se veían, movido por temor, preparó un arca para la salvación de su casa; ... Por la fe Abraham, cuando fue llamado para salir a un lugar que después recibiría como herencia, obedeció; ... Por la fe también Sara recibió fuerza para concebir descendencia, y dio a luz un hijo cuando ya había pasado la edad; ... Por la fe Abraham, cuando fue puesto a prueba, ofreció a Isaac; ... Por la fe Jacob, cuando estaba a punto de morir, bendijo a los dos hijos de José; ... Por la fe José, al morir, hizo mención de la salida de los hijos de Israel, y dio instrucciones acerca de sus huesos; ... Por la fe Moisés, cuando llegó a la madurez, rechazó ser llamado hijo de la hija del Faraón, escogiendo más bien sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo». Hebreos 11:4-25

Estas son solo algunas de las manifestaciones de fe que Pablo extrajo de las vidas de muchos personajes del Antiguo Testamento. Luego añade: «¿Qué más diré? Porque no me bastaría el tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón y de Jefté; tampoco de David, de Samuel y de los profetas: quienes por la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, obtuvieron promesas, taparon las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, de débiles se hicieron fuertes, se mostraron valientes en la batalla, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron a sus muertos resucitados». Hebreos 11:32-35

Aquí Pablo menciona las obras de la fe en casos en los que el Señor recompensó a los fieles de maneras que demostraban su agrado hacia ellos. Luego continúa: «Otros sufrieron pruebas de burlas crueles y azotes e es, sí, además de ataduras y encarcelamiento; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron de aquí para allá vestidos de pieles de ovejas y de cabras; despojados, afligidos, atormentados; (de quienes el mundo no era digno); vagaban por desiertos, y por montañas, y por cuevas y cavidades de la tierra». Hebreos 11:36-38

Como se muestra aquí, muchos tuvieron experiencias de prueba y persecución porque, a través de su fe, defendieron la causa del Señor y no se comprometieron con los poderes del mal que los rodeaban. Un buen ejemplo de ello es el caso de los tres amigos de Daniel, quienes se negaron a postrarse ante la imagen que se había erigido por orden de Nabucodonosor. Aquellos que se negaran a adorar esta imagen serían arrojados a un horno ardiente y destruidos. (Daniel 3:1-12). Cuando se les concedió una segunda oportunidad, y tras una advertencia de Nabucodonosor, estos fieles y valientes dijeron: «Si así es, nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiente, y él nos librará de tu mano, oh rey. Pero si no, que sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la imagen de oro que has erigido». Daniel 3:17,18

Aquí la obra de la fe fue la negativa a adorar la imagen de oro que Nabucodonosor había erigido. Estos tres hebreos tuvieron fe para creer que su Dios era capaz de librarlos de una muerte cruel en un horno ardiente. Por otro lado, no sabían si esa sería la voluntad de

Dios para ellos. Sin embargo, la fe les dio la victoria sobre la tentación, independientemente de cuál fuera el resultado. Tenían fe para creer que, si morían, era porque su Dios veía que esa era la mejor solución. Su verdadera esperanza era la liberación en «una mejor resurrección». Hebreos 11:35

El amor se esfuerza

Hay muchas formas en que el amor se manifiesta. A los hermanos hebreos, Pablo escribió: «Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, al haber ministrado a los santos y seguir ministrando» (Hebreos 6:10). Aquí, la «labor de amor» a la que se hace referencia es en favor de los hermanos. Esto concuerda con la instrucción del Maestro de que debemos amarnos unos a otros como él nos amó. Su amor por nosotros le llevó a dar su vida por nosotros. Así, en su exhortación, Juan escribió que debemos estar llenos de amor: «Debemos dar nuestra vida por los hermanos». 1 Juan 3:16

La obra de amor es voluntaria. Uno puede sentirse impulsado por el amor, pero no obligado. El amor se basa en el desinterés y proviene de Dios. En Dios tenemos el ejemplo supremo del amor. Todas sus obras creadoras son, desde cierto punto de vista, evidencia de su amor. Él no necesitaba las cosas que creó. Eran para el beneficio de su creación. La demostración más destacada del amor de Dios está en el don de su Hijo engendrado para ser el redentor y Salvador del mundo. «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo engendrado, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna». Juan 3:16

En varios pasajes del Nuevo Testamento, la palabra griega «ágape» —que significa «amor»— se traduce como «caridad». Aunque la mayoría de los estudiosos de la Biblia prefieren el término «amor» en lugar de «caridad», la caridad pura se acerca más, en su significado, a lo que las Escrituras describen como el amor divino. La caridad es el acto de dar a aquellos de quienes, e , no cabe esperar nada a cambio. Así fue en el don de Dios de su Hijo. Al aceptar este don, lo hacemos con el entendimiento de que no hay nada que podamos hacer para pagarlo. Lo único que podemos hacer es expresar nuestro agradecimiento aceptando el don y dedicando nuestras vidas de todo corazón a quien lo dio.

El amor se esfuerza, el amor da, y así el amor se manifiesta en el servicio al Señor, a la Verdad y a los hermanos —todo ello «sin condiciones». Donde el amor llena el corazón, habrá obras de amor. Habrá sacrificios diarios en favor de los demás, especialmente de los hermanos. Habrá un celo ardiente por servir al Señor y proclamar sus alabanzas. Cuando no hay tales manifestaciones, simplemente significa que falta el amor. Como preguntó Juan: «¿Cómo mora el amor de Dios» en alguien así? 1 Juan 3:17

Pablo menciona otras obras de amor que deben estar en los corazones y en la vida de los discípulos del Señor. «El amor es paciente, es benigno; [...] no envidia; [...] no se jacta, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa mal; no se regocija con la injusticia, sino que se regocija con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. El amor nunca falla». (1 Corintios 13:4-8). No cabe

esperar que, en nuestra carne caída, podamos estar tan llenos de amor como para estar a la altura de estas diversas cualidades. Sin embargo, si tenemos el deseo sincero de hacerlo, se manifestarán en gran medida en nuestra relación con los demás y también hacia aquellos con quienes entramos en contacto en el mundo.

Esperando con paciencia

Pablo también elogia la «paciencia de la esperanza en nuestro Señor Jesús» de los hermanos de Tesalónica. En otro pasaje escribió: «Somos salvos por la esperanza; pero la esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿por qué lo espera aún?» (Romanos 8:24). Como discípulos de Cristo, esperamos las cosas que el Señor ha prometido, las cosas que aún no vemos. Entre estas, la principal en la Iglesia primitiva era el establecimiento del reino de Cristo, en el que esperaban vivir y reinar con él (Revelación 20:6). Nos regocijamos al darnos cuenta de que vivimos cada vez más cerca de ese momento, pero seguimos esperando el cumplimiento de la esperanza de vivir y reinar con Cristo. Nosotros, al igual que los discípulos de la Iglesia primitiva, seguimos necesitando la «paciencia de la esperanza».

Esta espera requiere paciencia y resistencia, porque mientras esperamos hay pruebas que soportar. Pablo escribió de nuevo: «Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el espíritu santo que nos ha sido dado». Romanos 5:3-5

En el libro de Hebreos, leemos acerca del prometido regreso de Cristo, que está directamente relacionado con la necesidad de paciencia de los discípulos. «Necesitáis paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poco, y vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Ahora bien, el justo vivirá por la fe; pero si alguno se retira, mi alma no se complacerá en él». (Hebreos 10:36-38). Del apóstol Santiago leemos: «Sed, pues, pacientes, hermanos, hasta la venida [griego: presencia] del Señor. Mirad, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, y tiene mucha paciencia por él, hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Sed también vosotros pacientes; fortaleced vuestros corazones, porque la venida [presencia] del Señor se acerca». Santiago 5:7,8

En su providencia, el Señor ha permitido a menudo que su pueblo supusiera que los acontecimientos en el desarrollo de su plan estaban más cerca de lo que a menudo han resultado estar. Esto es particularmente cierto con respecto al regreso de Cristo y el establecimiento de su reino. Muchos de los discípulos de la Iglesia primitiva creían que el regreso de Cristo estaba muy cerca. Sin embargo, Pedro y otros pudieron ver, antes de terminar su carrera, que no tendría lugar en su época. Es dudoso, sin embargo, que alguno se diera cuenta de que transcurrirían tantos siglos antes de que se produjera este acontecimiento destacado en el plan de Dios.

Aun así, esta gloriosa esperanza era tan preciosa que cada día esperaban su realización ejerciendo la paciencia y la perseverancia. Así fue con los hermanos de Tesalónica y, a juzgar por la observación de Pablo en nuestro texto destacado, esperaron

pacientemente el cumplimiento de su esperanza de la manera adecuada, continuando activos en el servicio del Señor. Esperaron activamente.

Proclamando el mensaje

En el pasaje bíblico que nos ocupa, cuando el apóstol Pablo elogió a los hermanos de Tesalónica por su obra de fe, se refería a su labor de proclamar el Evangelio de Cristo. Esto queda patente en el contexto de las palabras del apóstol. En los versículos siguientes leemos: «Nuestro evangelio no llegó a vosotros solo en palabra, sino también en poder, y en el espíritu santo, y en plena convicción, como bien sabéis qué clase de hombres fuimos entre vosotros por causa vuestra. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros y de el Señor, habiendo recibido la palabra en medio de mucha aflicción, con el gozo del espíritu santo; de modo que fuisteis ejemplo para todos los que creen en Macedonia y Acaya. Porque de vosotros se ha difundido la palabra del Señor no solo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar se ha difundido vuestra fe hacia Dios; de modo que no necesitamos decir nada». 1 Tesalonicenses 1:5-8

Aquí Pablo habla de la forma en que dio testimonio del Evangelio a aquellos que se habían convertido en discípulos en Tesalónica. Su celo y fidelidad se habían manifestado ante ellos. Menciona que se habían convertido en seguidores suyos, tal como él lo era de Cristo, imitando su celo misionero al proclamar las buenas nuevas. Por eso, ellos a su vez se habían convertido en ejemplo «para todos los que creen en Macedonia y Acaya». Luego explica por qué: «Porque de vosotros ha salido la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar donde

se ha difundido vuestra fe en Dios». ¡Estas son declaraciones notables!

Jesús, nuestro Señor y Maestro, de quien profesamos ser discípulos, nos dejó instrucciones de que fuéramos sus testigos por toda la tierra (Mateo 28:19; Hechos 1:8). Si tenemos fe en él y en su liderazgo, obedeceremos sus instrucciones. No obedecer de todo corazón sería evidencia de falta de fe, pues esta obra de fe estaría ausente de nuestra vida cotidiana. Seamos más bien como los hermanos de Tesalónica, que proclamaron la Palabra del Señor por todas partes. Así, dieron prueba de su fidelidad al seguir el ejemplo que les había dado Pablo. Lo siguieron tal como él siguió a Jesús, quien a su vez también fue fiel en proclamar el Evangelio del reino. Mateo 4:17; Lucas 4:43

La misma prueba hoy

Nosotros, en la actualidad, estamos en una posición mucho más informada con respecto al desarrollo del plan de Dios que aquellos de la Iglesia primitiva. Sin embargo, la prueba de perseverar con paciencia también recae sobre nosotros. A todos nos gustaría ver una rápida realización de nuestras esperanzas del reino, pero no tenemos ninguna seguridad de cuándo será esto. Al igual que los hermanos en los días de Pablo, también se nos instruye a seguir entregando nuestras vidas al servicio del Señor sin saber cuánto tiempo más se nos pedirá que sirvamos, nos sacrifiquemos y suframos de esta manera.

Por eso necesitamos la paciente perseverancia de la esperanza. Es esta paciencia la que nos permitirá mantener nuestra esperanza, independientemente de cuánto tiempo dure la espera, y por muy duras que

sean nuestras experiencias en el servicio del Señor mientras esperamos activamente. Esta es, sin duda, una prueba de resistencia. No perdamos nuestro entusiasmo inicial por la Verdad y su servicio simplemente porque parezca haber un retraso en la realización de nuestras esperanzas. Dios es un cronometrador perfecto, y cada detalle de su plan se está cumpliendo exactamente cuando Él ha decretado que así sea. Si a nosotros nos parece que la visión tarda en llegar, reconozcamos que en realidad no es así. (Habacuc 2:3; Hebreos 10:37). Más bien, el Señor está poniendo a prueba nuestra paciencia en la esperanza y observando para ver cuán celosos en su servicio seguiremos siendo, independientemente de lo larga que pueda parecer la espera.

Cuando Pablo aseguró a los hermanos hebreos que Dios no era injusto para olvidar su labor de amor, añadió: «Deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia hasta la plena seguridad de la esperanza hasta el fin». (Hebreos 6:10, 11). No basta con que nuestra obra de fe, nuestro trabajo de amor y nuestra paciencia en la esperanza continúen ya sea por un breve tiempo o por muchos años. La prueba del verdadero discipulado e e es la fidelidad hasta el final del camino estrecho, incluso hasta la muerte. «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida». Revelación 2:10

Al explicar la parábola del sembrador, Jesús dijo: «La parábola es esta: La semilla es la palabra de Dios. Los que están junto al camino son los que oyen; luego viene el diablo y quita la palabra de sus corazones, para que no crean y sean salvos. Los que están sobre la roca son los que, cuando oyen, reciben la palabra con alegría; pero no tienen raíz, y creen por un tiempo,

pero en el momento de la tentación se apartan. Y los que cayeron entre espinos son los que, cuando han oído, salen y son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no llevan el fruto a la madurez. Pero los que cayeron en buena tierra son los que, con un corazón honesto y bueno, habiendo oído la palabra, la guardan y dan fruto con paciencia». Lucas 8:11-15

La semilla que cayó entre espinos contiene una advertencia especial para todos los discípulos del Señor. Debemos estar alerta para que las preocupaciones de esta vida no interfieran indebidamente en nuestra obra de fe y nuestro trabajo de amor. «La perseverancia paciente en hacer el bien» es la mejor protección contra este peligro, junto con la oración por la fuerza inquebrantable para seguir trabajando hasta que nuestra carrera haya terminado. Romanos 2:7

Por último, en cuanto al siervo que administró fielmente los bienes del Señor, leemos en la parábola de los talentos: «Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te pondré a cargo de mucho; entra en el gozo de tu señor». (Mateo 25:21). Que cada uno de nosotros continúe fielmente su obra de fe, su labor de amor y su paciencia de esperanza, «ante Dios y nuestro Padre», hasta el final de nuestra estancia terrenal.